

avanzadas enemigas hasta que llega a la tienda del general. «Quiero, dice a los guardias, ir a la presencia de vuestro jefe para anunciarle palabras de verdad, y he de enseñarle un camino por el que pueda avanzar y adueñarse de la montaña sin que falte uno sólo de sus hombres.»

Estaba Holofernes descansando en su lecho bajo un conopeo entretejido de púrpura, oro, esmeraldas y piedras preciosas cuando le anunciaron la llegada de la hermosa hebrea. Salió luego a la antecámara precedido de linternas, y quedó prendado inmediatamente de la belleza de su semblante. Ella cayó en tierra aparentando profundo temor, pero él la tranquiliza. Como dice la Vulgata: «Estaba preso en sus ojos». Poco después cae también preso en sus palabras. «Si sigues mis consejos, le dice, completarás tu obra y ninguno de tus planes fallará; pues vive Nabucodonosor, rey de la tierra, y vive el poderío del que te ha enviado para enderezar a todo ser viviente, que no sólo los hombres le han de servir por ti, sino que hasta las bestias del campo y los ganados y las aves del cielo vivirán por tu fuerza para Nabucodonosor y para toda su casa.» Captada la benevolencia del general con este preámbulo, prosigue Judit su discurso, proclamando audazmente su fe en los destinos de su patria. Su pueblo es invencible mientras permanezca fiel a Dios. Sólo su infidelidad puede ponerle en manos de sus enemigos. Y esto es, efectivamente, lo que ahora sucede. Ella misma es enviada de Dios para ejecutar el castigo. «Es Jahwé quien me envía para hacer contigo cosas por las que todo el mundo quedará fuera de sí cuando las oiga.» Holofernes no se da cuenta de la ambigüedad, bien podemos decir, doblez, de estas palabras. Hechizado por ellas, prometió su favor a Judit y la señaló para su alojamiento uno de los departamentos de su

tienda en que guardaba su vajilla de plata, disponiendo además que le diesen de comer los manjares de su mesa. Ella rehusó este último ofrecimiento por motivos religiosos, pidiendo, en cambio, autorización para salir todas las noches a purificarse en el baño y a orar a su Dios.

Así pasaron tres días. Al cuarto día Holofernes un banquete para sus servidores, y dijo a su intendente, el eunuco Bagoas: «Ve y persuade a esa hebrea que venga a comer y beber con nosotros. Sería vergonzoso dejar pasar de largo a semejante mujer sin hablarle, pues se burlaría de nosotros.» Ella no sólo no puso reparo ninguno, sino que cuando llegó la hora, se adornó con su mejor vestido y con todas sus galas de mujer. «Bebe y alégrate», le dijo Holofernes, y ella contestó: «Sí, señor, beberé, porque hoy se engrandecerá mi vida más que en todos los días desde mi nacimiento.» Alentado por estas palabras, el general bebió abundantemente, y si vamos a creer a una tradición rabínica, Judit contribuyó a avivar su sed ofreciéndole del queso que había traído consigo, en lo cual podemos sospechar que debió realizar a maravilla su papel de «animadora», segura de que el vino había de dejar impotente a sus pies al que había logrado ya cegar con sus encantos.

Y así sucedió efectivamente: varios esclavos tuvieron que transportar a Holofernes hasta su lecho, pues el vino le había dejado sin sentido. Algo parecido les sucedió a sus servidores. Es el momento que aprovechó la heroína para dar el golpe. Con impresionante sobriedad traza el hagiógrafo la escena de los últimos momentos del guerrero asirio: «Se habían marchado todos de su presencia y no quedaba nadie en la alcoba, ni chico ni grande. Poniéndose entonces Judit junto a su lecho dijo en su corazón: «¡Oh, Señor, Dios de todo poder, mira en esta hora a la obra de